

SIGO DICIENDO QUE TODOS ESTAMOS EN PELIGRO*

Tú, Pasolini, en tus artículos y en tus escritos, has dado muchas versiones de lo que aborreces. Has iniciado una lucha en solitario contra muchas cosas: instituciones, opiniones, personas, poderes. Para hacer menos complicado el asunto llamaré a eso «la situación», y sabes que pretendo hablar de la escena contra la cual, en general, peleas. Ahora te formulo la objeción siguiente: la «situación», con todos los males que tú dices, contiene todo lo que te permite ser Pasolini. Quiero decir que el mérito y el talento son tuyos, pero ¿los instrumentos? Los instrumentos son de la «situación». Editoriales, cine, organización, incluso los objetos. Supongamos que el tuyo sea un pensamiento mágico. Haces un gesto y todo desaparece. Todo lo que aborreces. ¿Y tú? ¿No te quedarías solo y sin medios? Me refiero a medios expresivos, me refiero...

Sí, lo he entendido. Pero yo no sólo lo ensayo, ese pensamiento mágico, sino que creo en él. No en el sentido de un medium, sino porque sé que golpeando siempre en el mismo clavo se puede llegar a derribar una casa. Los radicales nos dan un ejemplo en pequeño: son cuatro gatos que consiguen conmover la conciencia de un país (y tú sabes que no siempre estoy de acuerdo con ellos, pero justamente ahora estoy a punto de partir para ir a su congreso). En grande el ejemplo lo da la historia. El rechazo ha sido siempre un gesto esencial. Los santos, los ermitaños, y también los intelectuales, los pocos que han hecho la historia, son los que han dicho NO, y nunca los cortesanos y los ayudantes de los cardenales. El rechazo, para que funcione, ha de ser grande, no pequeño: total. No sobre tal o cual punto «absurdo», no de sentido común.

Eichmann, querido amigo, tenía muchísimo sentido común. ¿Qué le faltó? Le faltó decir no, de cabo a rabo, al principio, cuando lo que hacía era sólo administración ordinaria, burocracia. Tal vez les dijera a sus amigos: ese Himmler no me gusta demasiado. Habrá murmurado, como

* Entrevista concedida a Furio Colombo el 1 de noviembre de 1975, publicada (póstumamente) en *Stampa sera*, el 3 de noviembre de 1975, en «Tuttolibri», n.º 2, suplemento cultural del diario, el 8 de noviembre de 1975, y en el libro de Furio Colombo y G. Carlo Ferretti *L'ultima intervista di Pasolini*, Avagliano, Roma, 2005.

se murmura en las editoriales, en los diarios, en la administración y en la televisión. O incluso se rebeló porque tal o cual tren se paraba una vez al día para las necesidades y el pan y el agua de los deportados, cuando hubieran sido más funcionales y económicas dos paradas. Pero nunca estropeó la máquina. Entonces, los temas son tres. Cuál es, como tú dices, «la situación»; por qué se debería detenerla o destruirla; y de qué modo.

Eso es; describe entonces la «situación». Sabes muy bien que tus intervenciones y tu lenguaje hacen un poco el efecto del sol que atraviesa la polvareda. Es una imagen bella pero también se puede ver (o comprender) poco.

Gracias por la imagen del sol, pero lo que yo pretendo es mucho más modesto. Pretendo que mires a tu alrededor y te des cuenta de la tragedia. ¿Qué tragedia? La tragedia es que ya no hay seres humanos; hay extrañas máquinas que chocan la una con la otra. Y nosotros, los intelectuales, cogemos la guía de trenes del año pasado, o de hace diez años, y luego decimos: qué raro, pero ¿estos dos trenes no pasan de ahí?, y ¿cómo se han estrellado de ese modo? O el maquinista ha enloquecido, o es un criminal aislado, o hay una conjura. La conjura, sobre todo, nos hace delirar. Nos libera de todo el peso de enfrentarnos por nosotros mismos con la verdad. Sería estupendo que, mientras estamos aquí hablando, alguien, en el sótano, estuviera haciendo planes para echarnos. Entonces todo sería fácil y sencillo: la resistencia. Perderíamos a algunos compañeros pero luego nos organizaríamos y les echaríamos a ellos, o uno por uno, ¿te parece?

Sí, sé que cuando pasan *Arde París* por la televisión todo el mundo está ahí con lágrimas en los ojos y con el loco deseo de que la historia se repita, bella, limpia (un fruto del tiempo es que «lava» las cosas, como la fachada de las casas). Simple: yo por aquí, tú por allá. Pero no bromeemos sobre la sangre, el dolor, el cansancio que también entonces la gente pagó por «elegir». Cuando estás con la cara aplastada contra aquella hora, en aquel minuto de la historia, elegir es siempre una tragedia. Sin embargo, admítamoslo, era más sencillo. Al fascista de Salò, al nazi de las SS, el hombre corriente, con la ayuda del valor y de la conciencia, consigue rechazarlo, incluso de su vida interior (donde la revolución empieza *siempre*). Pero ahora no. Uno viene a verte en guisa de amigo, y es amable, atento, y «colabora» (pongamos que en la televisión) ya sea para vivir o porque no es para nada un delito. El otro —o los otros, los grupos— viene a tu encuentro o se te echa encima —con sus chantajes ideológicos, sus admoniciones, sus sermones y sus anatemas—, y tú comprendes que también son amenazas. Desfilan con banderas y con eslóganes, pero ¿qué les separa del «poder»?

¿Qué es el poder, para ti? ¿Dónde está? ¿Cómo lo haces salir de la madriguera?

El poder es un sistema de educación que nos divide en subyugados y subyugadores. Pero cuidado. Un mismo sistema educativo nos forma a todos, desde las llamadas clases dirigentes hasta los pobres. He aquí por qué todos quieren las mismas cosas y se comportan del mismo modo. Si tengo entre las manos un consejo de administración o una maniobra de Bolsa, lo uso. Y si no una tranca. Y cuando uso una tranca empleo mi violencia para obtener lo que quiero. ¿Por qué lo quiero? Porque me han dicho que quererlo es una virtud. Ejerczo mi derecho-virtud. Soy un asesino y soy bueno.

Te han acusado de no hacer distinciones políticamente ni ideológicamente, de haber perdido el punto de la diferencia profunda que ha de haber entre fascistas y no fascistas, por ejemplo entre los jóvenes.

Por eso te hablaba de la guía de ferrocarriles del año pasado. ¿Has visto alguna vez esas marionetas que hacen reír mucho a los niños porque el cuerpo mira para un lado y la cabeza para el lado contrario? Creo que Totò conseguía un truco de este tipo. Pues bien: así veo yo a la hermosa tropa de intelectuales, sociólogos, expertos y periodistas con las más nobles de las intenciones: las cosas suceden acá y la cabeza mira hacia allá. No digo que no haya fascismo. Digo: dejad de hablarme del mar mientras estamos en la montaña. Es un paisaje distinto. Aquí está el deseo de matar. Y este deseo nos liga como hermanos siniestros a un fracaso siniestro de todo un sistema social. También me gustaría a mí que todo se resolviera aislando a la oveja negra. También yo veo las ovejas negras. Veo muchas. Las veo a todas. Y aquí está el embrollo, ya se lo he dicho a Moravia: por la vida que llevo pago un precio. Es como alguien que desciende al infierno. Pero cuando vuelvo —si vuelvo— he visto otras cosas, más cosas. No digo que debáis creerme. Digo que siempre tenéis que cambiar de tema para no afrontar la verdad.

¿Y cuál es la verdad?

Siento haber empleado esta palabra. Quería decir «evidencia». Déjame volver a poner en orden las cosas. Primera tragedia: una educación común, obligatoria y equivocada que nos empuja a todos a la arena de tenerlo todo a toda costa. Somos empujados a esa arena como un ejército extraño y sombrío en el que unos tienen los cañones y otros tienen garrotes. Entonces, una primera división, clásica, es «estar con los débiles». Pero yo digo que en cierto sentido débiles lo son todos, porque todos son víctimas. Y todos son culpables, porque todos están dispuestos al

juego de la masacre. Para tener. La educación recibida ha sido: tener, poseer, destruir.

Entonces volvamos a la pregunta inicial. Tú lo aboles todo mágicamente. Pero vives de libros y necesitas inteligencias que los lean. Por tanto, consumidores educados por el producto intelectual. Tú haces cine y no sólo necesitas grandes plateas disponibles (de hecho en general tienes mucho éxito popular, o sea, eres «consumido» ávidamente por tu público) sino también una gran maquinaria técnica, organizativa e industrial que está ahí en medio. Si quitas todo eso, con una especie de monaquismo mágico de tipo paleo-católico y neo-chino, ¿qué te queda?

Todo, me queda; esto es, yo mismo, estar vivo, estar en el mundo, ver, trabajar, comprender. Hay cien modos de contar las historias, de escuchar las lenguas, de reproducir los dialectos, de hacer teatro de marionetas. A los demás les queda mucho más.

Pueden oponerse, siendo cultos como yo o ignorantes como yo. El mundo se vuelve grande, todo se vuelve nuestro y no debemos usar ni la Bolsa, ni el consejo de administración, ni la tranca para depredarnos. Mira, en el mundo donde muchos de nosotros soñábamos (repito: leer la guía de trenes del año pasado, pero en este caso digamos que de muchos años atrás) estaba el impúdico patrón con el sombrero de copa y los dólares que le salían de los bolsillos, y la viuda demacrada que pedía justicia con sus críos. El mundo de Brecht, en una palabra.

No me digas que sientes nostalgia de ese mundo.

¡No! Siento nostalgia de la gente pobre y auténtica que combatía para derribar a aquel patrón sin convertirse en aquel patrón. Como estaban excluidos de todo nadie les había colonizado. Tengo miedo de esos negros en revuelta, iguales al patrón, igualmente ladrones, que lo quieren todo a toda costa. Esa oscura obstinación por la violencia total ya no deja ver «de qué signo eres». Cualquiera que al final de su vida sea llevado al hospital tiene más interés —si le queda un soplo de vida— en lo que le dirán los médicos sobre su posibilidad de vivir que en lo que le dirán los policías sobre la mecánica del delito. Fíjate bien en que no hago ni un proceso de intenciones ni me interesa ya la cadena causa-efecto, primero ellos, primero él, o quién es el jefe-culpable.

Me parece que hemos definido lo que tú llamas la «situación». Es como cuando llueve en una ciudad y se han obstruido las alcantarillas. El agua sube, y es un agua inocente, agua de lluvia; no tiene la furia del mar ni la malignidad de las corrientes de un río. Pero, por alguna razón, no baja sino que sube. Es la misma agua de lluvia de tantas cantinelas infanti-

les y de las musiquillas de «cantando bajo la lluvia». Pero sube y te inunda. Si hemos llegado a este punto yo digo: no perdamos el tiempo poniendo una etiqueta aquí y otra allí. Veamos de dónde viene esta maldita agua antes de que nos inunde a todos.

Y tú querías por esto que todos fueran pastorcillos sin escuela obligatoria, ignorantes y felices.

Dicho así sería una estupidez. Pero la llamada escuela obligatoria fabrica forzosamente gladiadores desesperados. La masa aumenta, igual que la desesperación, igual que la rabia. Supongamos que yo he puesto en circulación una *boutade* (aunque no lo creo). Decidme vosotros otra cosa. Se entiende que echo de menos la revolución pura y directa de la gente oprimida que tiene como único fin liberarse y ser dueña de sí misma. Se entiende que me imagino que aún puede llegar un momento así, en la historia italiana y en la del mundo. Lo mejor de lo que pienso todavía podrá inspirarme una de mis próximas poesías. Pero lo que sé y lo que veo, no.

Quiero decir, sin morderme la lengua: yo bajo al infierno y sé cosas que no turban la paz de otros. Pero cuidado. El infierno está subiendo adonde vosotros estáis. Cierito que viene con máscaras y banderas diversas. Cierito que sueña su uniforme y su justificación (alguna vez). Pero también es cierto que su deseo, su necesidad de emprenderla a palos, de agredir, de matar, es fuerte y general. No seguiré siendo por mucho tiempo la experiencia privada y peligrosa de quien ha tocado, por decirlo así, «la vida violenta». No os hagáis ilusiones. Y vosotros, con la escuela, la televisión, la corrección de vuestros diarios, vosotros sois los grandes conservadores de este orden horrendo basado en la idea de poseer y en la idea de destruir. Felices vosotros, que os quedáis tan contentos cuando podéis ponerle a un delito su bonita etiqueta. A mí eso me parece una más de las muchas operaciones de la cultura de masas. Al no poder impedir que pasen ciertas cosas, se encuentra la paz fabricando casilleros.

Pero abolir por fuerza debe decir crear; si no, también tú eres un destructor. Los libros, por ejemplo, ¿qué fin tienen? No quiero hacer el papel de quien se angustia más por la cultura que por la gente. Pero esta gente salvada, en tu visión de un mundo diferente, ya no puede ser primitiva (ésta es una acusación que se te hace a menudo), y si no queremos usar la expresión, «más avanzada»...

Que me produce escalofríos.

Si no queremos usar frases hechas, alguna indicación hay que dar. Por ejemplo, en la ciencia-ficción, como en el nazismo, siempre se quemaban los

libros como gesto inicial de exterminio. Cerradas las escuelas, cerrada la televisión, ¿cómo animas tu pesebre?

Creo que ya me he explicado sobre eso con Moravia. Cerrar, en mi lenguaje, quiere decir cambiar. Pero cambiar de un modo tan drástico y desesperado como drástica y desesperada es la situación. Lo que impide un verdadero debate con Moravia, pero sobre todo con Firpo, por ejemplo, es que parecemos personas que no ven la misma escena, que no conocen a la misma gente, que no escuchan las mismas voces. Para vosotros ocurre algo cuando es crónica, hermosa, acabada, paginada, recortada y titulada. Pero ¿qué hay debajo? Aquí falta el cirujano que tenga el coraje de examinar el tejido y decir: señores, esto es cáncer, no una anécdota benigna. ¿Qué es el cáncer? Es algo que cambia *todas* las células, que a *todas* las hace crecer de un modo enloquecido, al margen de cualquier lógica anterior.

¿Es un nostálgico el enfermo que sueña con la salud que tenía antes, incluso si antes era un estúpido y un desgraciado? Antes del cáncer, digo. Esto es: antes que nada será necesario hacer no sé qué esfuerzo para tener la misma imagen. Yo escucho a los políticos con sus formulitas, a todos los políticos, y me vuelvo loco. No saben de qué país están hablando, están tan lejos como la Luna. Y los literatos. Y los sociólogos. Y los expertos de todo género.

¿Por qué crees que para ti ciertas cosas están realmente más claras?

No quisiera hablar más de mí; tal vez incluso he hablado demasiado. Todos saben que mis experiencias las pago personalmente. Pero están también mis libros y mis películas. Tal vez soy yo quien se equivoca. Pero sigo diciendo que todos estamos en peligro.

Pasolini, si tú ves la vida así —no sé si aceptas esta pregunta—, ¿cómo piensas evitar el peligro y el riesgo?

Se ha hecho tarde. Pasolini no ha encendido la luz y se vuelve difícil tomar apuntes. Revisamos juntos los míos. Luego me pide que le deje las preguntas.

Hay puntos que me parecen demasiado absolutos. Déjame pensar, déjamelos revisar. Y luego dame tiempo para encontrar una conclusión. Tengo una cosa en la cabeza para responder a tu pregunta. Para mí es más fácil escribir que hablar. Mañana por la mañana te dejo las notas que añada.

Al día siguiente, domingo, el cuerpo sin vida de Pier Paolo Pasolini estaba en el depósito de cadáveres de la policía de Roma.